

Dichosos nosotros, si, en aquel momento decisivo de que pende la eternidad, conseguimos tener propicia á la Madre de misericordia, pronunciando con la boca ó con el corazon su bendito Nombre, suplicándola que realice para nuestro bien el fausto augurio que encierra, y nos lleve al puerto de la eterna bienaventuranza que á todos os deseo, etc.

PRESENTACION DE MARÍA EN EL TEMPLO.

DISCURSO I.

Introibo in domum tuam in holocaustis.

Entraré en tu Templo á ofrecer holocaustos.

(PSALM. LXV, 13.)

Un conmovedor espectáculo se nos ofrece en el Templo de Jerusalén. Una anciana, acompañada de su marido, y llevando en brazos una niña, que Dios les concediera por sus ayunos, lágrimas y oraciones, se dirige velado el rostro hácia el lugar santo. Una vez en presencia del ministro del Altísimo, depone la niña á sus piés, y pasando de ésta, por decirlo así, de la cuna al altar, viene á ser toda del Señor. El sacerdote bendice á la oferente y á la ofrecida, mientras que un armonioso cántico de alegría y de accion de gracias acompaña la piadosísima ceremonia.

Si solo consideramos la parte exterior de la presentacion, no vemos más que unos padres religiosos que ofrecen al Templo de Sion una niña de sorprendente belleza; pero los espíritus angélicos, que emprenden su vuelo hácia el Santuario, vislumbran en ella toda una historia de maravillas. En efecto; aquella recién nacida no es una niña como cualquier otra, sinó que es la Virgen profetizada por Isaías; es la esposa del místico cántico de Salomon; es la nueva Eva venida para borrar la culpa de Eva pecadora; aquella niña es María. En este dia entra Ella en el Templo; hoy se muestra como la tierna flor nacida á los piés del altar, y como el olivo de la renovada alianza y de la deseada paz.

Ahora; ¿quién podría explicar lo que pasa hoy en el alma de María? ¿qué sentimientos se le despiertan en el corazon? ¿qué pensamien-

tos? Hermanos míos, es este un arcano entre María y Dios, y que solo podrían manifestárnoslo Dios ó María. Puede pensarse con razón, que jamás ha habido oblacion más pronta, más entera y más constante. Así, pues, repitiendo en esta ocasion las palabras del Salmista—*Introibo in domum tuam in holocaustis*—os invito á considerar, no solo el ofrecimiento que en este día hace al Señor de sí misma la Virgen, sinó, además, lo que hace que este ofrecimiento sea apreciable y excelente en sumo grado. Con efecto; María se ofrece á Dios en su edad más tierna, por lo tanto su oblacion es pronta; se consagra toda á Dios, y, por consiguiente, su ofrecimiento es entero; se entrega á Dios para siempre, y por lo mismo su ofrenda es constante. Por lo tanto, ninguna alma se muestra tan generosa como la suya en esta oblacion, ninguna alma como la suya puede con tanta razon repetir con el Profeta, que entra en el Templo llena de holocaustos. A. M.

Lo que, en primer lugar, avalora el ofrecimiento de María á Dios en su presentacion al Templo, es la prontitud. Ella no estaba obligada á esto por la ley, pues, si bien había un precepto que obligaba á toda madre á ofrecer el fruto de bendicion en el lugar santo, este precepto debía entenderse solo de los varones; y María, sin faltar á la ley, podía dejar de ir á ofrecerse en el interior del Santuario. Ni era impelida á esto por la voluntad de sus padres, pues, aunque Joaquin y Ana fuesen almas religiosísimas, preferían más bien ver como su hija crecía á la luz de sus miradas; ó aún cuando, segun se cree por una piadosa tradicion, hubiesen procurado ofrecerla para cumplir un voto, querían más bien rescatándola, segun la ceremonia de aquellos tiempos, volvérsela con ellos á su casa. Mas, si ni la ley ni los padres llamaban á María al Templo, al Templo la llamaba la gracia. La gracia le hacía percibir las voces de su Dios, que dirigiéndose á Ella le decía: Levántate, amiga mía, apresúrate, paloma mía, hermosa mía (1); y si deseas enamorar el corazon del Rey de los reyes, cuya belleza sobrepaja infinitamente todas las bellezas criadas, abandónalo todo para agradarle, olvida tu pátria, olvida la casa de tu padre, y ven (2). Esto decía la gracia á María; por eso Ella no se detiene un instante en correr hácia donde la llamaba la gracia. Dios la habla, y Ella escucha; Dios la llama, y Ella vuela.

(1) CANT. II, 10.

(2) PSALM. XLIV, 11, 12.

Es unánime tradicion de los Padres de la Iglesia, que la Virgen, apenas contaba tres años, se trasladó al Templo á ofrecerse al Señor. De ahí, el que desprendida apenas de los pechos maternos, quisiera chupar otra leche, la leche de la piedad y de la devocion; apenas dados los primeros pasos, quiso dirigirse á la casa del holocausto. Al pronunciar sus lábios la primera palabra, pidió que se la condujese al Templo de Jerusalén. Nada la intimida, nada la detiene, ni su tierna edad, ni la delicadeza de su temperamento, ni el afecto de sus virtuosos padres, ni la oscuridad del lugar donde debe encerrarse, ni la novedad de la vida que debe abrazar, ni el abandono de las cosas que el mundo más ama y aprecia. No: el pájaro tiene su nido en que se guarece de los rigores de la estacion; la tortolilla se oculta entre las hendiduras de los muros; y los tabernáculos del Señor, su casa, sus altares, son el puesto por el cual María suspira, son el centro de su reposo (1). ¡Ah! no así gentil doncella corre llamada esposa al real tálamo de un monarca, ni la enamorada de los Cantares se mueve á los conocidos pasos de su amado, como María fué solícita en esta su presentacion al Templo.

¡Vedla, hermanos míos! salida ahora del hogar doméstico, llega á Jerusalén, y se dirige á la mansion propia de las mujeres. Ya la celestial Niña ha recibido los tiernos abrazos de sus piadosísimos padres; ya está en presencia de los sacerdotes que la aguardan en nombre de Dios. Ella se adelanta con devoto paso, traspasa el umbral, se acerca al altar, sube las gradas, dobla las rodillas, cruza los brazos, eleva los ojos al Cielo, y se ofrece al Señor pura, bella é inmaculada. Si en este momento alguien quisiera preguntarla el motivo de tal resolucion, no alegraría más razon que la voz de su Amado que la llama, y al cual ha consagrado todo su corazon. Pero ¿por qué tanta prisa, María? Apenas cuentas tres años y tu sacrificio no será ménos acepto hecho en edad más adelantada. Aguarda todavía un poco más... No, responde Ella, la voz del Amado me llama, y para escucharla no vacilo en subir al monte del sacrificio (2). Mas, haciendo esto, María, dejas solos á tus padres que tanto amas, y á los cuales tributas tanta reverencia y tanto respeto. Aguarda todavía un poco más... No, responde Ella, la voz de mi Amado me llama, y esta voz desata cualquier otro vínculo á que puedo estar unida, pues es muchísimo más poderoso que todos los afectos de la sangre y de la tierra.—Pero,

(1) PSALM. XLI, 5.

(2) CANT. IV, 6.

María, con ser tan pequeñuela, no habrá nadie que cuide de tu infancia; aguarda para cuando seas adolescente. Aguarda un poco... No, replica Ella, la voz de mi Amado me llama, y mi ayuda, mi fortaleza, mi heredad y mi reposo están en el Santuario cerca del ara (1).

No se crea que solo desde este día María empezase á consagrarse á Dios. Para comprender esta consagracion es preciso observar, que dos fueron las presentaciones, dos los ofrecimientos que la Virgen hizo de sí misma al Señor. La primera fué interior, la segunda exterior; la primera, invisible á los hombres y solamente conocida de Dios; la segunda, á la vista de los sacerdotes y del pueblo de Israel. Si la segunda de ambas presentaciones, de ambos holocaustos, tuvo lugar en el Templo de Jerusalén cuando María contaba la edad de tres años, la primera se verificó en el instante mismo de su concepcion. En efecto; María, aunque hija de Adán, no vino al mundo como los demás hijos del primer padre, puesto que fué, en cierto modo, santificada aún ántes de que fuese concebida. De donde se quiere colegir que con, el primer impulso dado por su corazon inmaculado en su misma concepcion, se elevó al místico beso de la contemplacion, al néctar suavísimo que hace bienaventuradas á las almas. Así, pues, dotada desde entónces de una razon clara, perfecta, é ilustrada de un modo sobrenatural, conoció quien era y de quien recibía la vida y la gracia; desde entónces, hallándose en condicion de disponer de sí misma, se consagró al Señor. Por consiguiente, el dia de su presentacion al Templo no fué, propiamente, el dia de su holocausto. Entónces, no hizo más que ratificar la obligacion hecha ya en el seno de su madre; confirmar con una ceremonia exterior la obligacion contraida ya con el primer latido de su existencia. ¿Y qué lengua podría expresar toda la belleza de este ofrecimiento? ¿qué elocuencia podría narrar toda la sublimidad de esta presentacion?... ¡Oh Templo augusto de Jerusalén! ¡oh sagrados altares de la bendita casa! ¡oh muros en cuyo interior descendió, el Altísimo en sus misericordias! ¿qué podríais referir? ¿Qué podríais contar sacerdotes, levitas y cuantos presenciasteis este espectáculo tiernísimo? Visteis que María elevaba al Cielo sus inocentes manos; visteis que derramaba su corazon delante del Dios vivo; pero solo los ángeles pudieron ver que no hubo jamás oblacion más solícita y más pronta; solo Dios pudo contem-

(1) PSALM. XV, 5.

plar aquellas virtudes, que, ocultas á los ojos de los hombres, la hacían más acepta y agradable á los suyos.

Esta oblacion fué inmensa, ilimitada, universal, puesto que María se consagró toda á Dios, y su ofrecimiento fué entero. Efectivamente; considerad, amados hermanos, cualquiera parte de la vida que la criatura puede inmolar á su Criador, y vereis que María había inmolidado al Criador todas las partes de su vida. Tenemos en la vida la parte civil, la parte natural y la parte intelectual; y María, en su presentacion, ofreció al Señor en holocausto las tres partes de que consta la vida. Ofreció la parte civil, pues, no obstante ser de hermoso rostro, proceder de noble sangre y agraciada con cualidades carísimas, adornada de singulares dotes, con alegría de corazon, con suma espontaneidad de entendimiento, y con sumo gozo de ánimo se separa de la sociedad de los hombres, abandona el hogar doméstico, se desprende de las maternales caricias, y se encierra en el Templo. Ofreció la parte natural, pues, por más que pudiese aspirar á faustísimas nupcias, é ilustre rama de la estirpe de David, ascender á los mayores honores, sin órden, sin ejemplo y sin consejo, tremola el estandarte vistosísimo de la virginidad, y Reina de las vírgenes, se consagra virgen al Señor. Ofreció la parte intelectual, pues, aunque iluminada y profetisa, ocultando sus luces bajo las sombras de la fé, posponiendo sus obras á los sentimientos de la caridad, convirtiendo sus sentimientos en dichosos instrumentos de la gracia, subordina su voluntad á la voluntad de Dios; de suerte, que sus votos, sus pensamientos, sus deseos, sus suspiros, sus gemidos y sus afectos son todos de Dios. ¿Os parece ahora, hermanos míos, si este ofrecimiento debe llamarse el más perfecto de todos? ¿Os parece que no deba proclamarse entero, si María nada retiene para sí, é inmola ante el altar la vida civil, la natural y la intelectual, retirándose al Templo, consagrándose virgen, y dedicándose al Señor con plena sumision de la voluntad?

Por cuyas razones yo creo, que unidos en aquel día, con respecto á María, los dos Testamentos, el Antiguo y el Nuevo, admiraron en Ella á la víctima sin mancha y sin arruga, en todo santa y en todo inmaculada. No vayais á creer ya, que al expresarme así, dé por verdadera alguna cosa ménos exacta ó ménos dudosa. Considerad vosotros mismos, hermanos míos, el sacrificio de María relativamente á los sacrificios de la ley antigua, y sin duda reconocereis, que es el más bello de cuantos se hayan ofrecido á Dios desde el principio del mundo. Consideradlo con relacion á la nueva ley, y sin vacilacion

confesareis, que es el sacrificio que más se aproxima al de Jesucristo, sacrificio infinitamente agradable al Altísimo, por ser infinitamente santo é infinitamente perfecto.

Y con relacion á los sacrificios que se ofrecían en el Templo de Jerusalén, ¿cuán imperfectas no eran las víctimas que se inmolaban en medio de olorosas fragancias de timiama y de inciensos, de ungüentos y de bálsamos? Humeaban de sangre los altares; pero era sangre de ovejas degolladas, de toros, de tórtolas y de palomas; elemento vano, que ni por sí mismo podía agradar, ni agradaba á Dios. No sucede lo mismo con el sacrificio de María. Dios quiere el corazón, y María se lo ofrece; Dios quiere fervor de espíritu, y fervor de espíritu encuentra en María; Dios no admite restricciones, ni quiere reservas, y María se lo consagra sin reservas, ni restricciones. Su ofrecimiento no es á medias, su oblacion no es imperfecta. Ella lo abandona todo, á todo renuncia. Renuncia los placeres de la tierra, los honores del mundo, y su misma libertad. Dios solo es su gozo, Dios solo es su riqueza, Dios solo es su gloria, Dios solo es su amor; y en Ella todo es víctima: víctima el espíritu, víctima el cuerpo, víctima la voluntad, víctima la memoria, víctima el corazón, y víctima que el amor santo ha consumado enteramente. No, no se ofreció de este modo Adán, cuando durante los bienaventurados momentos de su inocencia, colocado en el Paraíso terrenal, contemplaba los beneficios de que le había colmado la mano omnipotente del Criador. No, no se ofreció de la misma suerte Noé, único justo hallado en medio de una generacion endurecida en el mal, cuando libre del universal naufragio se halló sano y salvo dentro del Arca, mientras que todo era cubierto é inundado por las torrenciales lluvias. Tampoco se ofreció de esta suerte David, que tantas pruebas de corazón ardentísimo nos dejó en los Salmos cuando suspiraba por el Cielo (1), y deseaba alas de pájaro para volar hácia las altas esferas (2), y con tiernas y vivas aspiraciones desahogaba religiosamente el ardor que sentía en su pecho. Por consiguiente, no me habéis más, hermanos míos, de los sacrificios antiguos, que se eclipsan ante el sacrificio de María; y este sacrificio que María hace de sí misma á Dios con su presentacion al Templo es tanto más noble, cuanto el alma es más noble que el cuerpo, cuanto el corazón es más noble que los sentidos, cuanto el todo es más noble que la parte, y cuanto el Cielo es más noble que la tierra.

(1) PSALM. CXIX, 5.

(2) PSALM. LIV, 7.

Con respecto al sacrificio del Nuevo Testamento, no cabe duda que es único, y que jamás podría ofrecerse víctima más augusta, más santa, más agradable ni más excelente; porque si la dignidad de un sacrificio se mide por la condicion de la cosa ofrecida y por la persona que lo ofrece, no puede imaginarse holocausto más digno que el holocausto del Verbo divino hecho carne por nosotros, en que la cosa ofrecida y la persona oferente es el mismo Hijo de Dios, haciendo precisamente Él las veces de víctima y de sacerdote, las de sacrificador y sacrificado. También bajo este aspecto es recomendable el sacrificio de María. Hasta en el sistema ordinario de la Providencia no suele pasarse de la noche al día sin alguna gradacion. Siendo así, entre las sombras y las tinieblas del sacrificio antiguo y la luz y el pleno mediodía del sacrificio nuevo debía brillar una aurora, que fuese como el prelude del mayor sacrificio. Esta aurora se ofrece en María. Antes de que el Hombre-Dios entre en el Templo para ofrecerse solamente víctima al Señor, entra en el Templo para ofrecerse víctima al Señor su futura Madre; ántes de que el Cordero divino se ofrezca para quitar los pecados del mundo, como presagio de tal ofrenda, se ofrece la inocente paloma. Por lo tanto, está claro, que así como desde que el mundo es mundo no se ha visto sacrificio semejante al de Jesús, tampoco desde que el mundo es mundo no se ha visto sacrificio igual al de María. También hoy se ofrece una víctima pura, una víctima inmaculada, una víctima sin lunar, que no puede ménos de ser aceptada, porque se ofrece con entera, perfecta y universal oblacion.

Oblacion, hermanos míos, no pasajera y momentánea, sinó invariable y perpétua. En efecto; María se ofrece á Dios para siempre, y su ofrenda es constante. Constante, pues, encerrada entre los muros del Templo no piensa salir más de él, no desea volver más á la casa, donde corazones tiernos y piadosísimos la amaban con tierno y piadoso amor. Constante, pues, renueva mil veces el sacrificio hecho, y otras tantas al día se presenta á Dios como en la hora en que se le presentó al Templo por vez primera, siempre pura y fervorosa, siempre enamorada de las celestiales delicias. Constante, pues, su mente no tiene más que un pensamiento, su corazón un afecto único, su pecho un solo suspiro, y sus labios una sola palabra, que se dirige enteramente á Dios. Su sacrificio comprendía todos los demás sacrificios: el sacrificio de la fortuna, el sacrificio de la gloria, el sacrificio de los honores, y el sacrificio de la misma reputacion, puesto que la esperanza de dar al mundo al Mesías hacía despreciable el celibato

entre los hijos de Abrahán; y todos estos sacrificios los renueva continuamente y se mantiene constantemente fiel en ellos. La obediencia, que la movió solicita á la voz del Señor, cuando la invitaba á dejar la propia morada para entrar en aquella que le indicara, no disminuyó jamás, ni se entibió en Ella el santo afecto con que había obedecido solícitamente á aquel llamamiento. De esta manera demuestra, que á Dios, el cual existe desde toda la eternidad, y el cual no puede dejar de ser por toda una eternidad, se le debe en todos los siglos honor y gloria; de esta manera Ella se muestra con toda propiedad como la esposa de los Cantares, que una vez hallado su Amado se le une con vínculos indisolubles.

Repito, hermanos míos, con vínculos indisolubles. En esta oblacion nosotros vemos, no solamente que la religion en María se adelanta á la edad, y que la gracia, sin aguardar el curso de la naturaleza, la atrae hácia á Dios, sinó que vemos tambien que María, siguiendo la religion y correspondiendo á la gracia, se dirige á Dios, se consagra á Dios, proponiéndose servirle con constante é inviolable fidelidad. No ofrece su corazon por algunos dias, ni su amor por pocos años; aquí no se encuentran límites ni reservas. El dón que hoy la Virgen lleva al altar, es un dón ofrecido para siempre, que no querrá tomarlo de nuevo en edad más adelantada. En este día reúne toda la vida, en este ofrecimiento encierra todo el porvenir. Vendrán otras estaciones, otros tiempos y otros acontecimientos; pero María será siempre lo que es hoy en el Templo de Jerusalén, constantemente dispuesta á servir al Señor, constantemente solicita en hacer su voluntad. Efectivamente; unió con voto su ofrecimiento, y bajo voto perpétuo consagró su oblacion para obligar mayormente sus afectos, para quitar al mundo toda esperanza de recobrarla, y dar á Dios un testimonio de la firmeza de su voluntad.

Atendidas estas cosas, puedo decir muy bien, que ántes ni despues de este día se ha visto otra victima más bella, ni ofrenda más acepta. En efecto; considero la dignidad de Aquella que se ofrece, y hallándola predestinada en los eternos decretos por Madre del Altísimo, debo necesariamente afirmar, que es sublimísima. Considero la disposicion de ánimo, con que se ofrece, y hallándola libre de toda idea terrena y toda absorta en el Cielo, debo asegurar que es nobilísima. En fin, considero el mismo dón que se ofrece, y el tiempo por el cual se ofrece, y hallando que el uno es entero, y el otro perpétuo, debo confesar que ambos dones son perfectísimos. Así, pues, hermanos míos, no tendreis dificultad alguna en repetir conmigo las

palabras con que he dado principio á este discurso: *Introibo in domum tuam in holocaustis*. Habeis visto á María correr hácia el Templo apénas cumplidos los tres años de edad; que entrada en el Templo, nada reteniendo para sí, se consagró enteramente á Dios; y que su ofrecimiento fué para siempre, su consagracion fué por todos los dias de su vida. Por lo tanto, es preciso concluir, que María entró verdaderamente en el Templo llena de holocaustos; que por razon al tiempo en que se ofrecieron, al modo con que se ofrecieron, y á la duracion por la cual se ofrecieron, fueron de incomparable valor; mas, estas tres circunstancias realzaron de un modo extraordinario su valor y su excelencia.

¿De cuánta confusion no debe servir este ejemplo para nosotros? ¿Qué condenacion de nuestra conducta no debemos descubrir en esta enseñanza de María? María, que se ofrece á Dios en edad muy temprana, condena nuestra conducta, que queremos dar á Dios solamente los derechos del mundo y las reliquias de una vida consumida en los vicios del siglo y en los placeres de la carne. María, que se ofrece enteramente á Dios, condena nuestra conducta, que dirigiéndonos á Dios, le consagramos solamente una parte con mil reservas y excepciones. María, que se ofrece á Dios para siempre, condena nuestra conducta que, habiendo practicado la virtud por algun tiempo, volvemos á sumergirnos en las aguas encharcadas, ni somos constantes en los buenos propósitos una vez emprendidos. ¡Ah! procuremos imitar á la Virgen en el día de su Presentacion al Templo. Sin duda que la falta de esta imitacion es el origen de nuestros males, el principio de nuestra depravacion, y, por consiguiente, la causa de todas nuestras miserias. Imitémosla, dedicándonos enteramente á Dios, sacrificándole por entero nuestra voluntad, proponiéndonos buscarle, servirle y amarle durante todos los dias de nuestra vida. Apresurémonos á ser de Dios con ser verdaderos devotos de María, y la meditacion de la Presentacion de la Virgen al Templo, será hoy para nosotros la fuente de nuestros gozos espirituales, y en la hora de nuestra muerte será la escala por la cual podremos subir al Cielo.